

DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La recuperación familiar suele empezar teniendo solamente una esperanza: que alguien a quien amemos cambie. Oramos por ello, trabajamos para ello y, a veces, organizamos nuestras vidas en torno a ello. Aunque ese deseo es natural y bueno, la recuperación nos enseña poco a poco que nuestra paz más profunda no puede depender de las decisiones de otra persona. La sanación duradera comienza cuando nuestra relación con Dios se convierte en el mayor tesoro que buscamos.

El Evangelio de este domingo presenta varias parábolas sobre el Reino de los Cielos (Mateo 13:44-52). En dos de ellas, Jesús describe a un hombre que encuentra un tesoro escondido en un campo y a un mercader que encuentra una perla muy valiosa. En ambos casos, cada uno vende con alegría todo para obtener lo que realmente tiene valor.

Estas parábolas nos motivan a reflexionar sobre lo que más valoramos.

Para quienes se ven afectados por la adicción de un ser querido, es fácil que la recuperación se centre en la otra persona. Nos decimos a nosotros mismos que la vida finalmente se calmará cuando dejen de beber, de consumir, de comportarse mal o de tomar decisiones destructivas. Posponemos nuestra propia paz hasta que cambien. Sin darnos cuenta, su recuperación se convierte en el tesoro que perseguimos, mientras que nuestra propia vida espiritual va pasando poco a poco a un segundo plano.

Jesús nos invita a llevar una forma diferente de vivir. El mayor tesoro no es la sobriedad de otra persona, por mucho que la deseemos. El mayor tesoro es la vida con Cristo. Cuando esa relación se convierte en el centro de nuestras vidas, todo lo demás empieza a encontrar su lugar adecuado. Seguimos amando profundamente. Seguimos orando con fidelidad. Seguimos esperando sanar.

Pero nuestra identidad y paz ya no están determinadas por circunstancias que no podemos controlar.

Esta perspectiva transforma la forma en que practicamos la recuperación. El Paso Tres nos invita a poner nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios. Esa entrega incluye soltar la ilusión de que podemos dirigir el recorrido de otra persona. Seguimos siendo responsables de nuestras propias decisiones, de nuestra propia sanación y de nuestra propia relación con Dios. Esto no significa renunciar a quienes amamos. Se trata de confiar en que Dios los ama, incluso más que nosotros lo hacemos.

La primera lectura ofrece un hermoso ejemplo de un deseo ordenado de manera correcta. Cuando Dios llama a Salomón a pedir cualquier cosa, él elige la sabiduría en lugar de riquezas, poder o larga vida (1 Reyes 3:5, 7-12). Salomón reconoce que el mayor don no es conseguir todo lo que quiere, sino aprender a ver a través de los ojos de Dios. La recuperación familiar necesita esa misma sabiduría. Empezamos a distinguir entre lo que nos pertenece y lo que es de Dios.

Las frases de recuperación refuerzan de manera práctica esta verdad. “Primero lo primero” nos recuerda que debemos anteponer a Dios ante nuestros miedos. Suéltalo y entrégaselo a Dios” nos llama a soltar los resultados que no podemos controlar. “Un día a la vez” nos ayuda a mantenernos presentes en lugar de dejarnos consumir por un futuro incierto. Estas frases simples se convierten en actos diarios de confianza.

Con el tiempo, descubrimos que elegir a Cristo como nuestro tesoro nos cambia a nosotros. Dejamos de movernos por el miedo y nos anclamos más en la esperanza. Establecemos límites más sanos sin retirar nuestro amor. Respondemos con mayor paz porque nuestra seguridad descansa en Dios y no en el progreso

de otra persona. Irónicamente, esta forma de vida más saludable a menudo fortalece nuestras relaciones, porque ya no están marcadas principalmente por la ansiedad o el control.

El Reino de los Cielos es la perla de gran valor porque nada se compara con la vida en Cristo. Mientras continuamos en la recuperación familiar, se nos invita a elegir ese tesoro cada día nuevamente. Cuando Dios se convierte en nuestro mayor bien, encontramos una libertad que ninguna circunstancia ni ninguna otra persona podrá quitarnos jamás.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué cosas te tientan a tratarlas como tu “perla muy valiosa” en lugar de tu relación con Cristo?
- Desde que comenzaste tu propia recuperación ¿cómo ha cambiado tu comprensión de la entrega?
- ¿Cuál es una forma práctica de poner esta semana “primero lo primero” en tu recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 3:5, 7-12

SAL. RESP. Salmo 119:57, 72, 76-77, 127-128, 129-130

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:28-30

EVANGELIO Mateo 13:44-52